

CREO, PORQUE SOY JOVEN.

Lectura bíblica: la palabra de Dios y los jóvenes

RsC n° 2 (2020)

Pedro Ignacio Fraile Yécora

¿Podemos establecer relaciones, sin forzar en exceso, entre la Palabra de Dios y los jóvenes? No faltan las objeciones, de todo tipo: desde la misma condición del texto bíblico como literatura cernida por el tiempo, hasta la validez misma de los modelos a seguir.

La juventud, en sí misma, se caracteriza por no poder ofrecer una experiencia contrastada con el paso de los años; por el contrario la Palabra de Dios (entendamos Biblia, en cuanto texto final aceptado por la Iglesia) es el resultado de una dilatada, madurada y sosegada experiencia puesta por escrito por hombres y mujeres creyentes.

Podemos acercarnos desde algunos modelos de fe que nos presenta la Palabra de Dios: Abrahán y Sara; Moisés y Elías; Pedro y Pablo. Todos son adultos, tienen callos en las manos y quizás en el corazón. También encontramos sus experiencias de conversión, pero claro, la conversión tiene lugar desde una vida vivida previamente. La vida de estos modelos de fe está amasada con aceptación de llamadas divinas, con luchas a brazos partidos, con resistencias reticentes. ¿Cómo puede leer un joven estos modelos de fe y ver en ellos una referencia para su vida de creyente que está empezando?

Los dos primeros capítulos de la Exhortación Apostólica Postsinodal del papa Francisco, *‘Christus vivit. A los jóvenes y a todo el pueblo de Dios’*, tienen relación directa con la Biblia. El papa lee la Biblia con la mirada puesta en los jóvenes. El primer capítulo es claro: ‘¿Qué dice la Palabra de Dios sobre los jóvenes? El segundo se centra en la figura de Jesucristo, a quien denomina como ‘siempre joven’. Este artículo no puede repetir lo que ya ha dicho magistralmente el papa (no tendría sentido un resumen); tampoco es un comentario a sus palabras. Estas páginas se adentran en las intuiciones y afirmaciones del papa Francisco, buscando ir más allá, o al menos, buscando nuevas aportaciones desde la Biblia para una reflexión sobre la juventud desde la Palabra de Dios. Este artículo va a seguir tres pasos:

- Parte de los modelos de fe de ancianos que han vivido y han madurado su humanidad en diálogo con la fe. Un joven debe aprender que no hay que abandonar el camino de la fe, a pesar de las enormes dificultades, para ser plenamente humano. Los creyentes ancianos así lo atestiguan.
- Sigue con los modelos de fe jóvenes que aparecen en la Biblia. Previamente tenemos presente que Dios no sigue los patrones humanos, y



elige al niño David. Luego nos fijamos en tres modelos de creyentes jóvenes: dos del Antiguo Testamento y uno del Nuevo. Del Antiguo Testamento nos detenemos en dos figuras proféticas, Samuel y Jeremías, ambos jóvenes.

- Concluye, en una tercera parte, con textos evangélicos. Dos sobresalen por encima de los demás, indicándonos, por otra parte, que los protagonistas son jóvenes: el joven rico que rechaza la invitación de Jesús y el hermano menor de la parábola del Padre Misericordioso. En ambos casos la juventud es importante, pues afecta a dos aspectos de la condición humana: el conocimiento teórico de los mandamientos desde la infancia, que no hace vida en el primer caso; la fuerza imprudente y soñadora del hijo menor de la parábola, en el segundo. En ambos casos, Jesús nos enseña a vivir la fe desde la experiencia joven.

Como punto final, cuarto, buscaremos llegar a algunas conclusiones que iluminen nuestra reflexión desde la exhortación apostólica *Christus Vivit*.

1. Vidas vividas, trabajadas, creyentes.

Dios lleva adelante su historia de salvación. Unas veces el ser joven o el ser anciano puede parecer secundario. En otras ocasiones es fundamental para entender el argumento. El autor bíblico insiste en la edad del protagonista de la narración o de la acción, pues configura el argumento que se presenta:

Comenzamos por el gran “padre de los creyentes” para las tres religiones monoteístas: Abrahán. Cuando el autor bíblico narra la osadía obediente de Abrahán al ponerse en camino, porque Dios se lo pide, “como Dios le había indicado (...) tenía setenta y cinco años” (Gn 12,4). Un poco más adelante, en el proceso de su vida, Dios le hace dos promesas: va a poseer una tierra y va a ser padre de un gran pueblo “como las estrellas del cielo y como las arenas de las playas”. Dios vuelve a prometer de nuevo la tierra a la descendencia de Abrán (Gn 17,8). Tenemos que esperar al nacimiento de Ismael, de la esclava Agar, a que de nuevo Dios renueve su promesa. La narración avanza; primero se nos dice que “cuando Abrán tenía noventa y nueve años, se le apareció el Señor” (Gn 17,1). Dios le cambia el nombre (de Abrán a Abrahán) y renueva con él la alianza, que incluye la confirmación de la doble promesa y la obligación de la circuncisión como signo de la alianza (Gn 17,11). Abrahán cae rostro en tierra y ríe pensando: “¿puede un hombre de cien años tener un hijo y Sara ser madre a los noventa?” (Gn 17,17). Abrahán cumple con el mandato y sella la alianza circuncidándose a los noventa y nueve años (Gn 17,24). La trama narrativa del



Génesis se desarrolla despacio, de forma que el hijo de la promesa se hace esperar. En la escena de la encina de Mambré, de nuevo vemos a los dos ancianos, Abrahán y Sara, que se quejan de su incapacidad para engendrar por su ancianidad. “Abrahán y Sara eran muy viejos y Sara no tenía ya la menstruación” (Gn 18,11). Sara se ríe: “¿Voy a sentir placer con un hombre tan viejo?” (Gn 18,12). Todos sabemos que, a pesar de esta insistencia en la ancianidad de ambos, la narración llega a su final con la buena noticia de que Isaac, el hijo esperado, el hijo de la promesa, nace felizmente... “El Señor se fijó en Sara, como había dicho, y cumplió lo que le había prometido. Ella concibió y dio un hijo a Abrahán en su vejez, en el tiempo predicho por Dios (...) Tenía Abrahán cien años cuando le nació su hijo Isaac (...) Sara dijo ‘yo le he dado un hijo en su vejez’” (Gn 21,1-7). El autor de Hebreos, en el Nuevo Testamento, que representa la tradición judía del siglo I, recoge por dos veces indirectamente esta dificultad de Abrahán; en efecto, en el elogio de los grandes creyentes de la historia de la humanidad, se extiende con Abrahán y dice de él: “Por la fe, a pesar de que Sara era estéril y que él mismo ya no tenía la edad apropiada para fundar un linaje (...) de un solo hombre, sin vigor ya para engendrar, salió una descendencia numerosa” (Heb 11,11-12). En resumen, Abrahán se fía de Dios y cree en sus promesas, a pesar de que todo estaba en contra, empezando por tener una edad que a los ojos humanos le incapacitaba.

En el Nuevo Testamento encontramos una historia semejante en los padres de Juan el Bautista. No son comparables desde el punto de vista de su papel en la historia de la salvación, pues no en vano Abrahán es el “padre de los creyentes” como hemos indicado. Ahora bien, tanto Zacarías como Isabel son ancianos. Lucas, que escribe su evangelio con la mirada puesta en la historia de la salvación, presenta en el primer capítulo de su obra a estos dos personajes. De ellos dice que son creyentes, buenos judíos, temerosos de Dios... y ancianos: “Ambos eran irreprochables ante Dios y seguían escrupulosamente todos los mandamientos y preceptos del Señor. Pero no tenían hijos, porque Isabel era estéril y los dos eran ya de edad avanzada” (Lc 1,6). Zacarías se queja de esto mismo al ángel Gabriel cuando le anuncia el nacimiento de un hijo (Lc 1,18). Zacarías e Isabel son ancianos, pero no infecundos, pues por medio de ellos sigue adelante la Historia de la salvación. Son padres del precursor del Mesías.

La tercera pareja de personajes ancianos, que también nos presenta Lucas, es Simeón y Ana la profetisa (Lc 2,22-38). En este caso no son familia entre sí, pero tienen algo en común. Los dos esperan que las promesas de Dios se cumplan (Lc 2,25). A Simeón el Espíritu Santo le había revelado que no moriría sin ver al Mesías (Lc 2,25). Ana, de la tribu de Aser, “era muy anciana” (Lc 2,36). Los dos están en el Templo cuando acuden José y María con el niño; los dos reconocen



en él al enviado de Dios. Son los “pobres de YHWH”, representan a todos los hombres y mujeres que a lo largo de la historia han esperado y siguen esperando en Dios a pesar de todas las contradicciones, violencias y rechazos humanos al plan divino.

2. Vidas ilusionadas, fuertes, esperanzadas

Por otra parte, la Escritura presenta en otros momentos un argumento donde la juventud del personaje es fundamental en el relato. Primero nos detenemos en la figura de David, elegido por Dios desde su infancia. Luego pasamos a ver algunos relatos de vocación, insistiendo en el caso de dos de ellos que fueron llamados siendo jóvenes: Samuel y Jeremías. Por último, nos detenemos en una joven, María, que es modelo permanente para los discípulos de todos los tiempos.

David, la elección del menor de sus hermanos. No podemos despreciar lo pequeño, lo incipiente, lo que está creciendo. Según la historiografía bíblica conocida como deuteronomista, la entrada en escena de David es triple¹. El primer texto en orden de lectura, y el que más nos interesa habla de la elección divina del futuro rey de Israel (1 Sam 16,1-13). El profeta Samuel va a Belén a buscar entre los jóvenes de la ciudad al futuro rey de Israel. Jesé hace pasar sus siete hijos ante el profeta, que los va rechazando uno a uno (1 Sam 16,1-10). El profeta sabe que Dios no miente, e insiste al padre: ¿queda alguno más? El padre piensa como cualquier otro hombre: “sí, el más pequeño...” Samuel comprende que ese es el elegido por Dios, le hace venir del campo donde estaba guardando el rebaño, y le unge como rey de Israel (1 Sam 16,13). A los ojos humanos, el niño está inmaduro, tiene que crecer, solo será útil para la comunidad cuando llegue a una edad proba. Sin embargo, a los ojos de Dios, el niño David en su juventud, es el rey de Israel. A continuación, la narración explica cómo David es un joven al servicio del rey Saúl, con el que le une una relación compleja: es su escudero, toca el arpa cuando Saúl enferma (1 Sam 16,14-23). El tercer texto presenta al niño David que vence con su honda al gigante filisteo Goliat (1 Sam 17), dejando ver al lector de la Escritura que con la ayuda de Dios los más débiles pueden sobreponerse y vencer a los altivos y fuertes.

Esta preferencia por los pequeños, por los menores, por los últimos, no es nueva en la Biblia. Jacob, el heredero de las promesas, es menor que Esaú. José era el menor de los hijos de Jacob que le nacieron en Siria, en Padán Aram (Gn 30,22), y al que más envidian sus hermanos; más aún, Benjamín es el preferido de su padre, el anciano Jacob.

¹ Cf. P. I. Fraile Yécora, “La historia deuteronomista”, *Reseña Bíblica* 67 (2010) 15-24.

Los jóvenes son capaces de escuchar la llamada de Dios. En la Biblia no son escasos los relatos de vocación. Dios llama a Abrahán, a Moisés, a Samuel, a Amós, a Isaías, a Jeremías. En el Nuevo Testamento encontramos la llamada de los primeros discípulos (Pedro y Andrés; Santiago y Juan); la llamada de los apóstoles; la llamada de Pablo.

Es verdad que los relatos no son todos iguales. En Abrahán destaca una orden y la respuesta como obediencia: “El Señor dijo a Abrán: ‘Sal de tu tierra (...) y vete a la tierra que yo te indicaré’” (Gn 12,1). Todos son llamados, sí, pero desde un punto de vista literario los esquemas que se siguen son distintos.

- Esquema llamada-consagración-misión (Isaías y Jeremías)
- Esquema llamada-misión (Moisés, Amós, Pablo)
- Solo llamada (Samuel)

En el primer esquema (llamada-consagración-misión), aparece en primer lugar una experiencia de Dios (teofanía) que es la base de la vocación, si bien no aparece explícitamente el verbo ‘llamar’. Esta experiencia es cierta, sobrepasa y sorprende (Isaías); provoca sentimientos de incapacidad, de pequeñez (Jeremías). Aparece también la consagración, si bien no tiene un orden fijo, pues en Isaías precede a la misión, mientras que en Jeremías la misión es previa a la consagración; se trata de un gesto que ‘quema los labios’ (Isaías) o que toca la boca (Jeremías). En ambos casos el órgano tiene que ver con la proclamación de la palabra, pues el profeta es el hombre de la palabra. El tercer elemento es la misión, indispensable para que podamos hablar de una verdadera vocación.

Isaías 6, 1-9	Jeremías (Jer 1, 4-10)
Llamada/Teofanía: experiencia de la presencia de Dios (vv. 1-5)	Llamada: elección desde el seno materno (vv 4-5) - Objeción (v 6)
Consagración (v.6)	Misión (v. 7.9 b)
Misión - ¿A quién enviaré? (v.8 a) - Hinneri, envíame (v. 8 b) - Vete a decir a mi pueblo (v. 9)	Consagración (v. 9 a)

En Isaías destacamos su condición de persona al servicio de Dios en el Templo. Se ve desbordado por la santidad de Dios (Is 6,3), ante la cual se siente pequeño y pecador (Is 6,5). La misión sigue un esquema distinto al de otros textos vocacionales. Primero nos dice que Isaías escucha la voz de Dios que pregunta: “Oí la voz del Señor, que decía: ‘¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros?’. Sigue una respuesta de aceptación; por último, el envío explícito. Y respondí: ‘Aquí estoy yo, mándame a mí’. Él me dijo: «Vete y dile a este pueblo»” (Is 6,8-9).

De Jeremías destacamos su juventud, que se repite con claridad; Dios se ha fijado en él. El libro de Jeremías comienza con la vocación del joven profeta marcando el ritmo de lo que será toda su vida. En primer lugar, asistimos a una voz de Dios que le proclama elegido desde el seno materno (Jer 1,4-5); Jeremías se resiste: “Ay de mi, soy un niño” (Jer 1,6) y Dios le responde: “No digas que soy un niño” (Jer 1,7). Dios lleva adelante su plan, y aparece con claridad la misión: “adonde te envíe irás, dirás todo lo que te ordene” (Jer 1,7). Para llevarla a cabo, hay un gesto de consagración del profeta: “El Señor alargó su mano, tocó mi boca, y me dijo” (Jer 1,9).

El segundo esquema (llamada-misión) lo podemos encontrar en Amós (Am 7,10-15) y en Moisés (Ex 3,1-4,17), ambos del Antiguo Testamento y Pablo en el Nuevo.

Moisés (Ex 3,1-4,17)	Amós (Am 7,10-15)	Pablo
Llamada	Llamada (v. 14-15 a)	Llamada
(Aceptación)	---	---
Misión	Misión (v. 15 b)	Misión
Objeciones a la misión	---	Objeciones a la misión

Comenzamos por la vocación de Moisés del capítulo tercero del libro del Éxodo; es la más conocida, y la más compleja². Encontramos este esquema de vocación, muy desarrollado, en el marco más amplio de la teofanía del Sinaí. Hay una llamada clara y una misión. No hay una consagración como tal. El narrador nos ha comunicado que Moisés es un fugitivo que procede de Egipto y se refu-

² Hay una segunda vocación de Moisés un poco más adelante (Ex 6,2-13). Es más breve y confusa, indicando que estamos ante otra tradición que recoge parte del material sobre Moisés. No hay propiamente una llamada, sino una “presentación” extensa de Dios que repite una y otra vez “Yo soy el Señor...” (Ex 6,2.6.8). La misión es más clara: “ve a decir al faraón que deje salir de su país a los israelitas” (Ex 6,11).

gió en un país desconocido, Madián (Ex 2,15). Aunque sus orígenes son hebreos, no conoce nada de la fe de sus padres pues se ha criado en la corte del faraón. Dios le “llama” explícitamente (Ex 3,4) desde la zarza de fuego, y él responde “aquí estoy”; pero Moisés no sabe interpretar esta visión. Dios se le presenta, en primer lugar, como el Dios de sus antepasados, Abrahán, Isaac y Jacob (Ex 2,6), y Moisés se cubre el rostro ante un misterio que le sobrepasa y que teme (Ex 2,6b). Pasamos a un segundo momento, el de la misión, al que precede la situación del pueblo por parte de Dios: “he visto, he oído, conozco sus angustias” (Ex 3,7ss.)³. Aparece la misión específica: “Anda; yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas” (Ex 3,10). Moisés, que previamente había aceptado la llamada, ahora expone una serie de dificultades, que Dios va disipando una a una.

Llamada	Teofanía	Fuego, voz
	Interpelación-respuesta	Moisés-aquí estoy
	Presentación de Dios	Se cubre el rostro
Misión	Situación del pueblo	He visto, he oído, conozco
	Encargo explícito	Ve, yo te envío... para que saques a mi pueblo
	Dificultades del enviado	¿Quién soy yo? ¿cuál es tu nombre? No me creerán. No sé hablar. Envía a otro.

En los relatos de vocación encontramos objeciones, dificultades o resistencias por parte de la persona llamada. Las formulaciones son distintas, pero todas reflejan las dificultades reales que supone acoger la llamada de Dios. Las objeciones que presenta Moisés son extrapolables a cualquier persona de la historia humana, también a los jóvenes de hoy en día.

1ª) ¿Quién soy yo? “Moisés dijo a Dios: «¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar a los israelitas?»” (Éx 3,11).

³ Debemos fijarnos en la presencia de estos verbos referidos a Dios. Son antropomorfismos que van *in crescendo*. Dios ve, Dios escucha; Dios conoce. Para la importancia del verbo “conocer” en la Biblia, cf. ‘conocer’ en X. Leon Dufour, *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona 1982, 183-186; “conocer” en P. Fraile, *Concordancias pastorales de la Biblia*, Madrid 2017, 62-64; P. Fraile, ‘Conocer’, en J. L. Barriocanal, *Diccionario del profetismo bíblico*, Burgos 2007, 114-120.



2ª) ¿Quién eres tú? “Moisés replicó a Dios: «Si me preguntan cuál es su nombre (el de Dios) ¿qué les responderé?»” (Éx 3,13).

3ª) ¿Por qué me van a creer? “Moisés respondió: «No me creerán ni me escucharán; dirán que no se me ha aparecido Dios»” (Éx 4,1).

4ª) No tengo cualidades. “Moisés dijo al Señor: «Pero Señor, yo no soy un hombre de palabra fácil. No lo era antes ni tampoco lo soy desde que tú me hablas; soy tardo en el hablar y torpe de lengua»” (Éx 4,10).

5º) Busca a otro. “Moisés replicó: «Ay Señor, envía a cualquier otro»” (Éx 4,13).

Después de ver con rapidez algunos elementos de la vocación de Moisés, pasamos a la de Amós, que solo tiene igualmente llamada y misión. Estamos en el siglo VIII a.C. en el Reino del Norte (Israel), separado del Reino del Sur (Judá). Amasías es el sacerdote funcionario de Betel, santuario real. Solo conoce los profetas oficiales, los profesionales que trabajan a sueldo en la corte y grita a Amós: “vete, vidente, márchate a Judá, gánate la vida profetizando allí” (Am 7,12). La respuesta de Amós, contundente, tiene tres elementos a tener en cuenta:

1) “Yo no soy profeta (*nabi*) ni hijo de profeta (*ben nabi*)” (Am 7,14a). Algunas traducciones, para facilitar la comprensión del texto dicen: “yo no soy un profeta profesional”⁴. Añade: “Yo cuidaba bueyes y cultivaba higueras” (7,14b). Amós reivindica para sí su condición de hombre del pueblo.

2) “El Señor me agarró, me hizo dejar el rebaño” (7,15a). El libro de Amós no se sirve expresamente del verbo “llamar” como es típico de los relatos de vocación. Pero hay un mensaje de Dios que Amós escucha: “y me dijo...”

3) “Ve a profetizar a mi pueblo Israel” (Am 7,15). Podemos adivinar aquí la misión que Dios le encarga. La fuerza de la llamada de Dios queda de manifiesto en el mismo libro, unos versos antes el profeta se pregunta en voz alta. “Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor, ¿quién no profetizará?” (Am 3,8)

Pasamos a un personaje del Nuevo Testamento, Pablo de Tarso, de quien tenemos abundantes testimonios de su conversión; una conversión que para muchos se trata de una vocación en la que siente la llamada a entregar su vida al Señor Jesús. Él mismo nos habla de ella en la carta a los Gálatas (Gál 1,15-17). Lucas, en los Hechos de los apóstoles, nos habla hasta en tres ocasiones de la experiencia de Pablo camino de Damasco (Hch 9; 22; 26). Pablo tuvo que

⁴ Cf. La Biblia, editada por La Casa de la Biblia 2001. Coeditan PPC, Sígueme, Verbo Divino.

enfrentar a lo largo de su vida su condición de perseguidor, por lo que cual desconfiaban de que fuera verdaderamente cristiano, y su condición de apóstol. Los judaizantes provenientes de Jerusalén, le echan en cara que él no era apóstol, no era de los Doce. Al menos eso se deduce de la fortísima defensa que hace de su condición de verdadero apóstol, apelando a su condición de vocacionado. “Cuando Dios, que me había elegido desde el vientre de mi madre, me llamó por su gracia y me reveló a su Hijo para que yo lo anunciara entre los paganos (...)” (Gál 1,15-17). En el esquema que sigue hacemos una comparación de los textos, indicando que en este caso se ve con cierta claridad la llamada y la misión (como en los textos del Antiguo Testamento), no así la consagración, que no aparece de forma explícita. Notemos que Pablo es “elegido desde el vientre de su madre”, como Jeremías. Notemos también que aparecen las dificultades, como en todas las vocaciones; pero sobre todo es clara la misión: Pablo se siente enviado a anunciar a Cristo.

VOCACIÓN DE SAN PABLO SEGÚN GÁLATAS Y HECHOS			
	Gál 1,15-17	Hch 9; 22; 26	
(Elección)	Me eligió		
1. Llamada	Me llamó		
a) Teofanía	Me reveló	Un resplandor... cayó a la tierra... una voz	Hch 9,3; 22,6-7; 26,13-14
b) Llamada		---	---
c) Por el nombre		Saulo, Saulo	Hch 9,4;22,7; 26,14
d) Interrogantes		¿Quién eres?	Hch 9,5; 22,7; 26,15
		¿Qué debo hacer?	Hch 22,10
e) Objeciones		Es duro dar coces	Hch 26,14
Misión	Para que lo anunciara	Te enviaré a los paganos	Hch 26,17

Hemos visto distintos esquemas de vocación. Nos queda uno, el de Samuel. En este caso, solo encontramos la llamada. Dos elementos a tener en cuenta: la llamada es triple y triple es la respuesta del niño Samuel: “heme aquí”.



Nos interesa de forma particular este texto porque Samuel es un niño. El papa dice en la exhortación *Christus vivit* que “Samuel era un joven inseguro, pero el Señor se comunicaba con él. Gracias al consejo de un adulto, abrió su corazón para escuchar la llamada de Dios” (ChV 8). Es claro que estamos ante un niño, pero ¿se trata de alguien inseguro, como dice la exhortación? El texto dice que “Samuel no conocía todavía al Señor. No se le había revelado aún la palabra del Señor” (1 Sam 3,7). El verbo “conocer” atraviesa como hemos visto más arriba toda la Escritura. Es bien sabido que no es un “saber” al estilo griego, noético, intelectual, sino que se trata de un “saber” semítico, que nace de la experiencia, de la vida, sapiencial. Samuel no podía “conocer” al Señor porque le faltaba ese recorrido de la vida, ese saborear cada detalle, el paso de Dios por la vida de las personas. La revelación bíblica es fundamentalmente histórica: Dios se revela/comunica/habla en la historia de las personas y de los pueblos, y en su juventud, Samuel no podía presentar un *curriculum* de experiencias vividas.

El texto nos dice tres cosas: primera, que Dios elige y que llama, y que Dios elige y llama a un niño, a un joven sin experiencia. Dicho de otro modo: los jóvenes pueden ser (y de hecho lo son) sujetos de la llamada/vocación de Dios.

La segunda cosa que aprendemos de este texto es que Samuel se atreve a decir “sí” a la llamada de Dios. El autor juega con una doble llamada equívoca: Dios llama a Samuel, pero el joven busca a Elí, pensando que le llama el sacerdote a quien sirve. A la tercera llamada, Elí entiende que la llamada es verdadera, pero que procede de Dios.

La tercera aportación a tener en cuenta es que Elí es el “mediador” que le ayuda a interpretar lo que le está pasando: “Vete a acostarte, y si te llaman, dices: ‘Habla, Señor, que tu siervo escucha’” (1 Sam 3,9), y así lo hace el joven siervo del sacerdote de Silo.

En resumen: los jóvenes pueden sentir en su interior la voz de Dios que les llama, pueden estar despistados o desorientados sin saber bien qué les está pasando, y pueden (y deben) buscar a alguien que les explique, que los acompañe, que estén con ellos.

3. Dos vidas jóvenes en el evangelio

Leyendo el evangelio en algunos pasajes el ser joven no aporta nada al argumento que tratamos. En todo caso, que su vida es corta: el hijo de la viuda de Naín (Lc 7,11-17), la hija de Jairo (Lc 8,40-56), el joven epiléptico (Lc 9,37-43). Despiertan un sentimiento de compasión en Jesús porque son débiles, porque



están necesitados, porque son hijos de Dios..., pero no aportan una reflexión sobre la condición de la juventud a la hora de sentar un comportamiento. En otros, sin embargo, la juventud del personaje es fundamental: el joven rico que se encuentra con Jesús, y el hijo pródigo.

La escena del rico que se encuentra con Jesús la encontramos en los tres sinópticos; es de triple tradición. El papa distingue el rico de Marcos (Mc 10,17-22) del de Mateo (Mt 19,16-22). No hace referencia al texto de Lucas, porque comienza diciendo que quien se acerca a Jesús es un “jefe” (Lc 18,18). Del primer hombre dice: “aquel hombre rico que había sido fiel a Dios en su juventud, dejó que los años le quitaran los sueños y prefirió seguir apelando a sus bienes” (Mc 10,22), leemos en ChV 17. Del segundo, el rico que aparece en Mateo y del que el texto repite que es un “joven” (vv. 20,22), el papa dice: “en el evangelio de Mateo aparece un joven que se acerca para pedir más, con ese espíritu de los jóvenes que busca nuevos horizontes y grandes desafíos” (ChV 18). Sigue el papa: “en realidad su espíritu no era tan joven porque ya se había aferrado a las riquezas y a las comodidades (...) cuando Jesús le pidió que fuera generoso y repartiera sus bienes, se dio cuenta de que era incapaz de desprenderse de lo que tenía”. El texto continúa diciendo que aquel “joven, se marchó triste”. La conclusión del papa es perfecta: “Había renunciado a su juventud”. Es difícil aportar algo más a las reflexiones que hace el papa sobre las riquezas que son capaces de ahogar los sueños de la juventud. Hay que destacar la “tristeza” que produce tomar esta decisión: Jesús o las riquezas... las riquezas... y la tristeza (Mt 19,22; Mc 10,22; Lc 18,23).

Marcos hace una aportación que no encontramos en los otros dos sinópticos: la mirada con ‘cariño’ de Jesús a esa persona (Mc 10,21). Jesús no le juzga ni le cierra el camino, sino que le mira amándole. Esta certeza forma parte de toda pastoral, la mirada de cariño; sin duda más en el acompañamiento de los más jóvenes, cuando tienen que tomar decisiones fundamentales en su vida.

El último texto que traemos a colación, y que también recoge el papa, es la parábola del “Padre misericordioso”, de los “Dos hijos” o del “Hijo pródigo” (Lc 15,11-32), como prefiramos llamarla, según pongamos el foco en un aspecto u otro (la misericordia del Padre, las distintas actitudes de los hijos, o la condición ingrata del hijo que se va de casa). Francisco comenta la actitud del hijo menor: “sus sueños de autonomía se convirtieron en libertinaje y desenfreno (v. 13) y probó lo duro de la soledad y de la pobreza (vv. 14-6). Sin embargo, supo recapacitar y decidió levantarse (...) Es propio del corazón del joven disponerse al cambio, ser capaz de volver a levantarse y dejarse enseñar por la vida (...) Pero el hermano mayor ya tenía el corazón avejentado” (ChV 12). Es verdad que el texto no insiste en la edad; solo dice el hermano mayor y el menor. Pero las actitudes son diametralmente opuestas: el menor sueña con un futuro distinto, sin duda mejor, lejos de casa. En



esta imagen podemos ver a tantos jóvenes que a lo largo de la historia han dejado la casa paterna en busca del mundo, de la vida, de la novedad. Por el contrario, el hermano mayor representa al hijo que ha quedado con el padre, en la familia. No podemos ensalzar a uno y denigrar a otro; en absoluto. La diferencia está en que el menor, después de haber probado en su carne los mordiscos de la vida, recapacita y se levanta. El que nunca había tenido que pedir perdón por nada, el que estaba seguro de sí mismo aferrado a la casa paterna, es incapaz de comprender esta situación: le desborda y se niega a admitir a su hermano.

4. Conclusión

La Biblia presenta modelos de creyentes. Unas veces insiste en su condición de personas hechas, maduras, probadas por la vida en su fe (Abrahán, Isaías, Zacarías e Isabel...). Otras veces nos presentan modelos de creyentes donde su juventud es fundamental: Samuel que dice sí a Dios y se abre en un repetido “aquí estoy” (*hinenni*). Jeremías que escucha desde el seno materno la llamada de Dios, que se resiste con pies y manos “porque es un niño”. En esta línea, si bien no nos hemos detenido, cómo no presentar a María, que siendo una niña virgen (*párthenos*) acoge en plenitud el anuncio del ángel Gabriel y dice “aquí estoy. Hágase en mí” (*hinnemi*), siguiendo y completando la senda de los creyentes de todos los tiempos (Lc 1,37).

El papa Francisco dedica el capítulo segundo a la figura de Jesús, de quien dice que es “siempre joven”. Es verdad que de los años de su infancia y juventud sabemos muy poco; los textos nos dicen que Jesús “crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2,52), de forma que podemos decir con el papa San Juan Pablo II que en Jesús no se daba solo un crecimiento físico, sino también espiritual. Dice Francisco, “Jesús se fue formando, se fue preparando para cumplir el proyecto que el Padre tenía” (ChV 27). Preciosas y atinadas palabras para descubrir en Jesús al joven que todos hemos sido, que hemos luchado con nosotros, nuestras opciones, nuestras contradicciones y nuestro futuro. Jesús, de esta forma, se ve como uno de los nuestros, como uno de nosotros.

La Palabra de Dios se renueva en cada persona por la acción del Espíritu Santo. Cada uno de nosotros la lee desde su ambiente, desde sus experiencias, desde sus contradicciones y esperanzas. El que ha vivido mucho, tiene una visión del mundo y la Palabra de Dios será para él consuelo. El joven que está comenzando a dar sus primeros pasos verá en la Palabra de Dios el reto que siempre está por delante, la ilusión a cumplir, la posibilidad real de ser aquí, hoy y ahora, discípulo del Señor Jesús.